

## EL TROMPO Y LA MUÑECA

POEMA EN UN CANTO

*Al niño Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós.*

## I

Que no quiero, te digo.  
¿Cómo hoy al trompo ha de jugar contigo  
el que ya de su edad perdió la cuenta?  
¿Quieres que caiga en la pueril afrenta  
de Catón el austero  
que aprendía á bailar á los sesenta?  
Te digo que no quiero, y que no quiero.

## II

¡Salud, salud; memorias candorosas  
de mi antigua inocencia!  
¡Oh trompos! ¡Oh muñecas! ¡Grandes cosas!  
¡Las más grandes tal vez de la existencia!  
¡Oh memoria feliz de mi pasado!  
¡Tu trompo, niño hermoso, me convida  
á recordar, de pena traspasado,  
los muchos seres que en la tierra he amado  
y que sólo he de ver en la otra vida!

## III

Pues, como iba diciendo,  
guarda este trompo, niño, porque entiendo  
que lo que vale un trompo bien guardado,  
lo has de saber mañana  
después que haya pasado  
el tiempo que echarás por la ventana.  
Ya verás, ya verás bien claramente  
que es sólo afortunado  
el hombre que, inocente,  
procura en lo pasado  
encontrar la razón de lo presente.  
Y, por si no lo crees, oye una historia  
que, á más de cuarenta años de distancia,

aun trae á mi memoria  
 así como un recuerdo de mi infancia.  
 Tan sólo temo que, de juicio falto,  
 me oigas hablar sin atención alguna.  
 ¿Que escucharás? Pues bien, ponte más alto:  
 súbete á mis rodillas: ¡á la una!...  
 ¡á las dos!... ¡á las tres!... ¡á las...! ¡buen salto!  
 ¡Estos niños son ángeles traviosos  
 que en vez de tener alas tienen huesos!  
 ¡Ay! como tú, cuando iba yo á la escuela,  
 por subir al regazo que adoraba  
 de mi madre ó mi abuela,  
 no saltaba, volaba,  
 pues todo el mundo sabe  
 que la niñez, ligera como un ave,  
 cuando anda, salta, y cuando salta, vuela!

## IV

Conque empiezo mi historia, y oye atento:  
 —Sin la sonrisa de sus buenos días,  
 Alicia, la heroína de mi cuento,  
 con la hiel de su propio pensamiento  
 se ocupa en amargar sus alegrías.  
 Y conforme es mayor su desconsuelo,  
 más en la fe de su ilusión se aferra,  
 pues ella es de esas almas que, en su vuelo,  
 en vez de gravitar hacia la tierra,  
 parece que gravitan hacia el cielo.  
 Fué Alicia el pasmo de la villa toda  
 cuando era yo muy joven todavía,  
 y recuerdo que un día  
 puso en Madrid las pálidas en moda.  
 Mas ¡ay! tuvo un marido  
 que, aunque no la olvidó, la echó en olvido.  
 Casada de los pies á la cabeza,  
 quiso á su esposo con ardor profundo,  
 y pagó, como muchas, en el mundo  
 horas de amor con siglos de tristeza.

## V

De esta madre infeliz es el tesoro  
 una niña pequeña,  
 á cuya cara, por demás risueña,  
 sirven de marco unos cabellos de oro.  
 Cara infantil, trasunto de los cielos,  
 donde lucir se ven tres maravillas,

pues tiene, cual la tuya, tres hoyuelos,  
 uno en la barba y dos en las mejillas.  
 Mejillas ruborosas  
 que hacen pensar con júbilo á la gente  
 que, el que las tiene, come solamente,  
 como la Venus de Schiavone, rosas.  
 Y á riesgo de espantar doctos oídos,  
 añadido que Rebeca, sin disputa,  
 aunque tiene siete años, no cumplidos,  
 es, como un viejo cardenal, astuta.  
 Calcula por los dedos de la mano;  
 no hay fábula moral que ella no entienda;  
 y hasta sabe que un niño, que es su hermano,  
 se lo compró su madre en una tienda.  
 Y contando además cuentos extraños  
 con voz que es una música inefable  
 (porque no hay sinfonía comparable  
 al son de una alegría de siete años),  
 disipa enternecida  
 de su madre las penas.  
 ¡Toda niña, al nacer, trae aprendida  
 la canción que cantaban las sirenas!

## VI

Quando Alicia, la madre sin ventura,  
 vió amontonarse sobre su alma pura  
 engaños sobre engaños,  
 se resignó á morir sin calentura,  
 que es la muerte senil á los treinta años.  
 Tendida sobre el lecho,  
 al siniestro fulgor de una luz mate  
 que oscila en la pared y alumbra el techo,  
 de Alicia el corazón con ansia late  
 cual si fuera á saltársele del pecho.  
 Teniendo en su cabeza de esqueleto  
 una gorra de loca,  
 y oyendo á un cura, que la exhorta inquieto,  
 se sonríe la infiel con media boca,  
 dudando entre la burla y el respeto.  
 ¿No es verdad, niño hermoso,  
 que el hecho escandaliza?  
 No temas el ejemplo. Esto horroriza,  
 y aquello que da horror no es peligroso.

## VII

Ya he dicho en otra parte y lo repito,  
 que si no se halla el corazón contrito,  
 toda la humana ciencia es cosa poca  
 para templar el ansia de una boca  
 abrasada con sed de lo infinito.  
 Y así como es tan vano,  
 cuando no hay fe, todo consuelo humano,  
 el corazón de Alicia, de ira lleno,  
 como un puñal indiano  
 empapó su mirada de veneno,  
 y con un gesto frío de amargura,  
 con ojos fijos y los labios mudos,  
 despidió al pobre cura  
 haciéndole el menor de los saludos.  
 Y el sacerdote, el corazón sintiendo  
 traspasado con flechas de ironía,  
 de la alcoba saliendo,  
 la frente señaló como diciendo:  
 —Por allí no anda el juicio todavía.—  
 Y Alicia, en tanto, con el cuerpo inerte,  
 los ojos apartó de un Crucifijo,  
 y, resignada á su implacable suerte,  
 con más suspiros que palabras, dijo:  
 —¡Marchemos al encuentro de la muerte!—  
 ¡Oh Alicia sin ventura,  
 á qué terrible estado  
 la arrastró el ideal de su ternura!  
 ¡Bien dice la Escritura,  
 que la muerte es la pena del pecado!

## VIII

Mas ¡oh resurrección inesperada!  
 Pero, antes que de Alicia cuente nada,  
 te diré que Rebeca  
 heredó de su madre una muñeca,  
 y que, haciendo con ella de persona,  
 cree, piensa, compara y reflexiona;  
 muñeca, en fin, para la cual cosía  
 un traje cada día,  
 y á quien daba á comer un guiso nuevo  
 en unas tazas que la niña hacía  
 de unos trozos de cáscara de huevo:  
 ¡guisos y tazas ¡ay! que aun son mi encanto,  
 pues me hacen recordar, bañado en llanto,  
 ciertas tortas de pan, que ella amasaba,

y que, feliz cual yo, me regalaba  
 mi nodriza en los días de mi santo!  
 ¿Por qué, por qué nunca echará en olvido  
 memorias tan dichosas  
 mi espíritu ya medio sumergido  
 en esa paz inmensa de las cosas?

## IX

Mas ya el hilo perdí de nuestro cuento.  
 ¿Estábamos?... Es cierto; en el momento  
 en que, hablando de Alicia á la muñeca  
 con su voz argentina,  
 iba muy pronto á parecer Rebeca  
 Cicerón flagelando á Catilina.  
 Pues al morir la madre tristemente  
 habla la niña á su muñeca, enfrente  
 de un espejo tan claro como extenso,  
 que recuerda por limpio y por lo inmenso  
 los tiempos fabulosos del Oriente:  
 y merced á un reflejo  
 de la pálida luz que da en Rebeca,  
 le enseña á Alicia en ideal bosquejo  
 la imagen de la niña y la muñeca  
 el ángulo visual en el espejo;  
 y como ya Rebeca comprendía  
 si su madre creía ó no creía  
 (pues las niñas curicutas  
 tienen noticias ciertas,  
 y aprenden muchas cosas  
 cuando andan escuchando por las puertas),  
 con labio purpurino,  
 meciendo á su muñeca, le decía:  
 —¡Pide al cielo, hija mía,  
 que Dios vuelva á mi madre al buen camino!—  
 ¿Te burlas del candor de la inocente?  
 Yo también, niño mío,  
 viendo á Rebeca hablar tan seriamente,  
 teniendo ganas de llorar, me río.

## X

Mientras la niña, del espejo enfrente,  
 esta infantil catilinaria dice,  
 la madre, de reojo, dulcemente,  
 la mira, la acaricia y la bendice;  
 y recordando en el momento mismo  
 que vió algún día cual fulgente estrella,

en el espejo aquél la niña aquélla  
antes de ir á la pila del bautismo,  
recobrando el candor de la existencia,  
se entenece, suspira,  
y, admirada de ver tanta inocencia,  
manda un beso al espejo en que la mira;  
y las cosas más tiernas y sencillas  
de sus días primeros recordando,  
de aquel cuadro infantil saltan, volando,  
recuerdos, como alegres avecillas;  
y pensando en su madre, llora, y luego  
al calor de sus días de inocencia  
se ablanda poco á poco su conciencia  
cual cede el hierro de la fragua al fuego.  
Y, puesta sobre el lecho de rodillas,  
gritando con fervor—¡Perdón, Dios mío!—  
su frente se empapó de un sudor frío  
que resbaló después por sus mejillas.  
Y al ver que, ya sensible á sus deberes,  
Alicia mira al cielo,  
la niña, que, cual todas las mujeres,  
sabe á fondo la ciencia del consuelo,  
la abraza alborozada,  
y á su madre abrazada,  
Rebeca parecía  
un ángel que radiante de alegría,  
presenta á Dios un alma extraviada.

## XI.

¡Lo que son los destinos!  
De Alicia, descreída y virtuosa,  
la muñeca fué el hada misteriosa  
que á sus pasos abrió santos caminos;  
pues por ella al final de su existencia,  
con la bondad del alma de una santa,  
juntando el buen humor á la inocencia  
y uniendo lo que alegra á lo que encanta,  
volvió á beber las aguas cristalinas  
de la inocencia de la edad primera,  
lo mismo que se van las golondrinas  
á buscar una nueva primavera;  
y satisfecha ya, fué Dios su guía;  
y ya inocente recobró la calma;  
que es la inocencia la salud del alma,  
y es la salud del cuerpo la alegría.  
Y olvidando sus males,  
volvió á reconquistar desde aquel día  
la religión, la gracia y la energía,

potencias invencibles é inmortales;  
y recordado con filial ternura  
los dioses lares de su hogar paterno,  
tornó Alicia á adorar con alma pura  
al Ser vivo, absoluto, uno y eterno,  
fe, esperanza, verdad, bien y hermosura.

## XII

¿Has comprendido bien, Pedro adorado,  
cuán útil puede ser á la conciencia  
un trompo como el tuyo bien guardado?  
¿No ves, por experiencia,  
que un juguete infantil desenterrado  
puede ser una ciencia  
que enseñe á desandar lo mal andado,  
y á recordar los días de inocencia  
uniendo lo presente á lo pasado?  
¡Ya ves como á toda alma descreída  
del alto cielo la clemencia alcanza,  
y que, en trompo ó muñeca convertida,  
en todos los naufragios de la vida  
echa el cielo el tablón de una esperanza!  
¡Ya ves como un juguete que se deja  
y que á encontrar se vuelve casualmente,  
hace que Alicia vieja, y ya muy vieja,  
torne á ser inocente;  
y que, pensando ya como refleja  
sus objetos el agua de la fuente,  
con sus sentidos y potencias todas,  
turbios los ojos y las manos secas,  
toma el pretexto de ensayar las modas  
para jugar, ya anciana, á las muñecas;  
y al olvidar sus muchos desengaños,  
aunque vieja, muy vieja,  
viviendo se asemeja  
á una niña, muy niña de cien años!  
¡Saber envejecer! ¡Esta es la ciencia  
que yo con más ardor al cielo pido,  
ahora que se extingue mi existencia  
primeró entre las brumas de la ausencia,  
y después en la noche del olvido!  
¡La fe en la ancianidad, son los favores  
que pedirán al cielo tus dolores  
cuando hayas aprendido  
en tu vida precaria  
que, á más de un receptáculo de horrores,  
la tierra es una tumba solitaria,  
sobre la cual derrama sus fulgores,  
el sol como una antorcha funeraria!

## XIII

Pero ¡ay! olvida, olvida  
 este final tan lúgubre y sangriento,  
 que sé, por mi desgracia y mi escarmiento,  
 que es un gran mal el conocer la vida.—  
 Y, pues llegó á su término mi cuento,  
 aunque es, por su fortuna,  
 poco menos que ocioso  
 aconsejar al que, cual tú, dichoso,  
 la ciencia y la virtud halló en su cuna,  
 oye un consejo y deja que te abrace:  
 sé leal á la gloria de tu nombre,  
 pues la mayor traición es ser el hombre  
 desertor de las filas en que nace.  
 No olvidando esta historia,  
 y guardando ese trompo y siendo bueno,  
 seguirás por la senda de la gloria  
 que te trazó con su inmortal memoria  
 tu ilustre abuelo de modestia lleno (1).  
 Aprende bien que *obliga la nobleza*,  
 y Dios te lo demande  
 si no imitas con ciencia y con firmeza  
 la rectitud, la gloria y la entereza  
 de aquel á quien su patria le hizo grande  
 y que fué superior á su grandeza.

## XIV

¿Me juras que lo harás? ¡Pues adelante!  
 toma un beso, y adiós, que estoy de prisa:  
 que dure eternamente en tu semblante  
 la bella obstinación de tu sonrisa.  
 Y, en prueba de lo mucho que te adoro,  
 ruego al cielo que, alegre y sin hastío,  
 no tengas que llorar, como yo lloro,  
 penas sin causa en horas de vacío;  
 y que las Parcas hilen, hijo mío,  
 el hilo de tu vida en husos de oro.

(1) D. Pedro José Pidal, primer marqués de Pidal.

## LA GLORIA DE LOS AUSTRIAS

## POEMA EN UN CANTO

A mi buen amigo el profesor filósofo  
 D. Urbano González Serrano.

## I

¡Musa viril de la Epopeya, canto  
 aquella acción tristísima en que vino  
 á ser de niño el héroe de Lepanto  
 un hermoso juguete del destino!  
 ¡Canto, Musa, al varón que siendo espanto  
 del turco, el holandés y el argelino,  
 en la historia aprendió de unas manzanas  
 la caridad y la virtud cristianas!

## II

¡Canto también al héroe que de horrores  
 fué la Europa y el Africa llenando,  
 hasta que harto de goces y de honores,  
 la tristeza de Tito halló en el mando;  
 al que la suerte incierta en sus favores,  
 le hizo saber, por fin, el tiempo andando,  
 como puede parar un campesino  
 al conductor del carro del destino!

## III

¡Lector, lector! ¡Aprende en la aventura,  
 que siempre el que honra á un pobre sale honrado  
 y que son la ventura ó desventura  
 reflejos nada más de lo pasado!  
 ¡Verás en esta rápida lectura,  
 por tu gran corazón iluminado,  
 que no siempre da dicha la victoria,  
 que es la virtud más grande que la gloria!